

LISAURO. ¡Ay, dulce esposa!  
 FULGENC. ¡Ay, amor!  
 LISAURO. ¿Cómo estáis?  
 FULGENC. Como sin ti.  
 LISAURO. ¡Pobre y perseguida!  
 FULGENC. Sí.  
 LISAURO. ¡Sin hacienda!  
 FULGENC. Y con honor.  
 Calla, mi bien.  
 LISAURO. Desespero.  
 MARCIO. El dinero es un tercero  
 que el bronce más duro ablanda;  
 con achaque de la holanda  
 la puedes dejar dinero  
 y partirte satisfecho  
 de que su amor gozarás,  
 que hasta recibir no más  
 resiste el más firme pecho;  
 pues que lo más tienes hecho,  
 lo menos traza y ordena.  
 Pagad con esta cadena  
 y estos doblones ahora  
 el lienzo, y después, señora,  
 con menos crueldad mi pena.  
 (Echa encima del fardo la cadena y un bolsillo, y vanse los dos.)

## ESCENA VIII

DICHOS, MENOS LELIO Y MARCIO.

LISAURO. (Toma el dinero y cadena en la mano y dice.)  
 ¡Oh, mal haya el inventor  
 que del centro de la tierra  
 sacó para hacernos guerra  
 tu peligroso valor!  
 Pestilencia del honor,  
 por ver lo que al mundo dañas  
 te echó á cuevas mil montañas  
 naturaleza propicia;  
 pero la infernal codicia  
 te sacó de sus entrañas.  
 Como abortivo has nacido  
 abriendo el vientre en que naces,  
 que eres mal nacido y haces  
 las obras de mal nacido.  
 El color tienes perdido,  
 que es propiedad del traidor  
 andar siempre con temor,  
 por eso de ti sospecho  
 que por los males que has hecho  
 naces perdido el color.  
 Si eres fuego que á abrasar  
 vienes mi fama y sosiego,  
 para matar tanto fuego  
 necesario es todo un mar,  
 en él te quiero arrojar;  
 (Arrójalo todo al vestuario.)  
 sus aguas quema y abrasa,  
 que si la pobreza escasa  
 te da hospedaje y consiente,  
 tú eres tal, que brevemente  
 te alzarás con honra y casa.  
 ¡Esposa del alma mía!  
 ¡Efigencia de mis ojos!  
 FULGENC. ¡Dulce paz de mis enojos!  
 FULGENC. ¡Centro de nuestra alegría!

LISAURO. Lelio combate y porfia,  
 poco importa ser Lucrecia,  
 si al fin Tarquino se precia  
 de que fué su violador.  
 FULGENC. Pues ¿qué remedio?  
 LISAURO. El mejor  
 es sacarte de Venecia.  
 FULGENC. Esto ¿cómo será así,  
 si á mi casa ha puesto guarda  
 la señoría, que aguarda  
 prenderte, mi bien, por mí?  
 No te detengas aquí,  
 ni ofenda tu pensamiento  
 más mi casto y noble intento,  
 que dando á mi honor quilates  
 seré contra sus combates  
 roca al mar y torre al viento.  
 ¿Dónde piensas ampararte  
 de diez mil contrarios mudos,  
 digo, de diez mil escudos,  
 mi bien, que van á buscarte?  
 ¿Tendrá el mundo alguna parte  
 donde puedas esconderte  
 del oro que va á prenderte?  
 LISAURO. Sí, Fulgencia; mi sagrado  
 es la lealtad de Candado,  
 asilo contra la muerte;  
 á pesar del interés,  
 su casa me da favor.  
 CANDADO. Disfrazado de pastor  
 por verte, vengo cual ves,  
 hecho un asno portugués.  
 FULGENC. Ejemplo de lealtad  
 serás.  
 CANDADO. Prólogos dejad  
 y vámonos, que es cruel  
 el peso de este fardel.  
 LISAURO. Este diamante tomad,  
 Fulgencia, porque en la fe  
 de vuestra lealtad se engaste,  
 que no habrá quien os contraste  
 si le imitáis; dueño fué  
 suyo un Duque en quien se ve  
 la magnificencia rara  
 de su sangre ilustre y clara,  
 y yo espero, esposa, en Dios,  
 que tendrá el valor en vos  
 que en el Duque de Ferrara.  
 FULGENC. Qué ¿os vais, señor de mi vida?  
 LISAURO. Á veros vendrá Candado  
 cada día.  
 FULGENC. Con cuidado  
 quedo, hasta saber que estáis  
 libre del riesgo en que vais.  
 LISAURO. Mayor el vuestro me ha dado.  
 ¿Dejaréisme?  
 FULGENC. Es imposible.  
 LISAURO. ¿Si os persiguen?  
 FULGENC. Resistir.  
 LISAURO. ¿Hasta cuándo?  
 FULGENC. Hasta morir.  
 LISAURO. ¡Gran fortaleza!  
 FULGENC. Invencible.  
 LISAURO. ¡Que os dejol  
 FULGENC. ¡Pena terrible!  
 LISAURO. ¡Que os quedáis!  
 FULGENC. Quedáis en mí.

LISAURO. ¿Sois mi esposa?  
 FULGENC. Mi bien, sí.  
 LISAURO. ¿A quién amáis?  
 FULGENC. Sólo á vos.  
 LISAURO. ¡Ay mi bien, adiós!  
 FULGENC. Adiós.  
 CANDADO. ¡Compren lienzo, caniquil! (Vanse.)

## JORNADA TERCERA

## ESCENA PRIMERA

Salen LISAURO de labrador y CANDADO.

LISAURO. No pongo en cosa, Candado,  
 mi gusto que me le dé;  
 contra mí se ha conjurado  
 todo el mundo, ¿adónde iré  
 para no ser desdichado?  
 Que la amistad ponga trato  
 con el interés, ya ha sido  
 ley del mundo sin recato;  
 no me espanta del olvido  
 del amigo que es ingrato.  
 Pero que también persigan  
 las cosas inanimadas,  
 á un desdichado, y que sigan  
 leyes en vicio fundadas,  
 que á la ingratitud obligan,  
 esto me asombra y me espanta;  
 hasta la tierra que piso  
 parece que se levanta  
 contra mí. Cuanto diviso,  
 aire, fruto, piedra, planta,  
 parece que se conjura  
 y con semblante inclemente  
 huye de mi desventura.  
 Para mí llora la fuente  
 cuando reirse procura.  
 Ya en tu casa me aborrecen  
 tus hijos y tu mujer;  
 mis desdichas lo merecen.  
 CANDADO. ¿Pues qué hicieran á saber  
 quién eres y lo que ofrecen  
 los que tu ventura estasa  
 persiguen?  
 LISAURO. Tu esposa dice  
 que desde que entré en tu casa  
 cuanto tiene es infelice:  
 los trigos el cierzo abrasa,  
 cómese el lobo al ganado,  
 y, en fin, viñas, prados, gente,  
 todo por mí ha desmembrado.  
 CANDADO. Parécense extrañamente  
 la tiña y el desdichado.  
 Como es la mala fortuna  
 tiña y peste, donde llega  
 no deja cosa ninguna,  
 sarna que luego se pega  
 su contagión importuna.  
 Pero si en tiempo apestado  
 se conoce la lealtad  
 del amigo y del criado  
 y es peste tu enfermedad,

no te ha de dejar Candado,  
 por más que el tiempo cruel  
 apartarme de ti crea,  
 pues cuando por ti y por él,  
 rico y dichoso no sea,  
 á lo menos seré fiel.  
 Candado soy y cerrado  
 para guardarte, y aunque eres  
 infeliz y desdichado,  
 mientras que tú no la abrieres,  
 mi lealtad va con candado.  
 Mira del modo que intentas  
 favorecer á tu esposa,  
 porque con nuevas tormentas  
 la riqueza poderosa  
 maquina trazas violentas.  
 Lelio, que por bien no alcanza  
 la posesión de su amor,  
 abre puerta á la venganza,  
 y en los brazos del rigor  
 alimenta su esperanza.  
 Porque no pueda salir  
 de Venecia, hace guardar  
 su casa, sin permitir  
 ir la nadie á visitar.  
 LISAURO. Menos mal fuera morir.  
 Pues ¿qué come, si es que tiene  
 ya mi esposa que comer?  
 Todo contrario me viene;  
 ¿luego no podrá vender  
 el diamante?  
 CANDADO. Ni conviene,  
 que quien le quitó la hacienda  
 mejor quitará el diamante.  
 LISAURO. ¡Ay cara y hermosa prenda!  
 Muera tu esposo delante  
 de tus ojos y no ofenda  
 mi desdicha de esa suerte  
 tu constancia no rendida;  
 yo voy á morir y á verte,  
 que por remediar tu vida  
 quiero que me den la muerte.  
 CANDADO. ¿Estás sin seso, señor?  
 LISAURO. Morir quiero.  
 CANDADO. Desear  
 la muerte más es temor  
 y flaqueza que alcanzar  
 nombre digno de valor.  
 LISAURO. ¿No podré ver á Fulgencia  
 otra vez dando disfraz  
 que me lleve á su presencia?  
 CANDADO. Nunca el capitán sagaz  
 tiente, si tiene prudencia,  
 la fortuna poco fuerte  
 dos veces, porque si funda  
 en la primera su suerte,  
 suele estar en la segunda  
 la celada de su muerte.  
 Yo iré á Venecia cual suelo,  
 que soy menos conocido  
 y me es más piadoso el cielo.  
 Del carbón que hemos cocido  
 haré cargas, venderélo,  
 y dándole el precio dél  
 á Fulgencia, que conmigo  
 no será Lelio cruel,  
 ni creará que á un su enemigo



cubre mi tosco buriel.  
 Dándome entrada segura  
 remediaré su pobreza,  
 daré alivio á su hermosura,  
 y alentaré su firmeza  
 mientras tu destino dura.  
 Esto quiero, y es razón  
 que aqueste gusto me des.

LISAURO. ¡Ay leal Efestión!  
 ni te vence el interés  
 ni te obliga la opinión  
 de la fingida amistad;  
 quisiera Alejandro ser  
 para pagar tu lealtad.

CANDADO. El carbón voy á poner;  
 hoy entrará en la ciudad,  
 sufre tu infeliz estado;  
 que aquél, si fuere animoso  
 estará, aunque despreciado,  
 más cerca de ser dichoso  
 que fuese más desdichado. (Vase.)

### ESCENA II

LISAURO solo.

Correspondencias y tratos  
 en Italia tenía yo,  
 con mercaderes que, ingratos,  
 la necesidad buscó  
 sus partidas y contratos.  
 Pues si es verdad lo que digo,  
 los amigos, ¿dónde están,  
 que siempre andaban conmigo?  
 Mas las hormigas no van  
 á las eras si no hay trigo.  
 El que ve la golondrina  
 en el verano labrar  
 casa firme, ¿no imagina  
 cuán de asiento quiere estar  
 por su huésped y vecina?  
 ¿No parece el nido eterno  
 que ha fortalecido tanto?  
 ¿No le alegra el canto tierno?  
 Pues nido, hospedaje y canto  
 todo lo deja al invierno.  
 ¿Qué me quejo, pues, en vano  
 si mi invierno va conmigo?  
 Faltó el sol y faltó el grano;  
 si es golondrina el amigo,  
 él volverá en el verano.

### ESCENA III

Sale VERINO y DIODORO.—DICHOS.

VERINO. El Duque de nuevo ha echado  
 de Ferrara á los bandidos  
 que Venecia ha desterrado;  
 y así somos compelidos  
 á sacar de aqueste Estado  
 á nuestro padre Honorato,  
 cuya vejez afligida  
 remediar, Diodoro, trato.

DIODORO. ¿Cómo, si contra su vida  
 se conjura el cielo ingrato?

VERINO. Rico en Ferrara vivía

con el crédito y hacienda  
 que por Lisauro tenía,  
 cuya nobleza no ofenda  
 jamás la fortuna impía.  
 Pero hala vuelto á perder  
 como el crédito ha faltado  
 de Lisauro, y no ha de haber  
 otro Lisauro estimado  
 que le vuelva á socorrer.  
 También él anda por todo  
 desterrado y afligido,  
 y, aunque donde habita ignoro,  
 por su vida ha prometido  
 diez mil escudos de oro  
 el veneciano Senado,  
 volviendo á la patria y tierra  
 á cualquiera desterrado  
 que le lleve.

LISAURO. Tanta guerra,  
 cielos, ¡contra un desdichado!  
 Pero ¿qué es esto? ¿No veo  
 á Diodoro y á Verino?  
 O me engaña mi deseo  
 ó en ellos el favor vino  
 que en otros hallar no creo.  
 A su padre di la vida  
 con la hacienda y libertad  
 que ahora lloro perdida.  
 ¿Es mucho de esta amistad  
 que los réditos les pida?  
 Quiero llegar.

DIODORO. Avisado  
 está mi padre que aquí  
 venga á hablarnos.

LISAURO. Ea, cuidado,  
 ¿qué teméis? ¿Llegaré? Sí...  
 Mas no, que soy desdichado.  
 Y aunque Verino y Diodoro  
 de mi amistad son testigos,  
 lo que en ellos tengo ignoro,  
 que más querrán por amigos  
 diez mil ducados de oro.

DIODORO. ¿Eres Lisauro?

LISAURO. Solía;  
 ya soy pelota del tiempo  
 que hasta el cielo subía  
 sirviendo de pasatiempo  
 á la fortuna algún día.  
 Ya me ha abatido de traza  
 que, despedazada y rota,  
 según lo que me amenaza;  
 si del tiempo fui pelota,  
 ya soy de la muerte chaza.  
 De cuantos amigos tengo,  
 ó por mejor decir, tuve,  
 sólo á descubrirme vengo  
 á los dos; dudoso estuve;  
 mas ya mi dicha prevengo  
 en vosotros, que el valor  
 que os ilustra y ennoblece  
 y el ofrecido favor  
 á vuestro padre, merece  
 que satisfagáis mi amor.

VERINO. La mayor satisfacción,  
 Lisauro, es la natural;  
 á esto inclina la razón  
 y la deuda filial,

que es precisa obligación.  
 Mi padre está desterrado;  
 á quien te lleve á Venecia  
 vivo, el destierro han alzado;  
 en tanto, Lisauro, precia  
 darte la muerte el Senado.

(Cógente por detrás y ántale á un árbol.)

DIODORO. Perdona, que á la amistad  
 siempre el amor se antepone  
 del padre.

LISAURO. ¡Ah infames! soltad,  
 si no queréis que pregone  
 la fama vuestra crueldad.  
 Siquiera por descubrirme  
 á los dos y por fiarme  
 de vuestra lealtad no firme  
 habiades de guardarme,  
 no prenderme y perseguirme.

VERINO. Somos hijos; el amor  
 puede más que la amistad;  
 mi padre pide favor.

LISAURO. ¿Y esto es darme libertad?  
 Infamia diréis mejor,  
 y si á la experiencia llevo  
 de ver pagar mal por bien,  
 desde hoy diga el vulgo ciego:  
 «Haz mal sin mirar á quien,  
 haz bien y guárdate luego.»

### ESCENA IV

Sale HONORATO.—DICHOS.

HONOR. Aquí mis hijos dijeron  
 que me esperaban.

LISAURO. Atad  
 manos que tan sueltas fueron  
 que su hacienda y libertad  
 á vuestro padre ofrecieron.

HONOR. Hijos, ¿qué es esto?

DIODORO. Señor:  
 ya el cielo ocasión ha dado  
 con que, por nuestro favor,  
 á Venecia restaurado  
 goces tu hacienda y valor.  
 El Senado ha prometido  
 libertad al que entregare  
 á Lisauro foragido  
 y vivo allá le llevare.  
 Hánosle el cielo ofrecido  
 aquí, y aunque formes quejas  
 de que le pagamos mal,  
 deudas y amistades viejas,  
 la obligación natural  
 nos cierra al fin las orejas.

HONOR. A poder desengendraros,  
 ¡infames! por honra mía,  
 el ser volviera á quitaros  
 que os di. ¡Maldito sea el día  
 que hijos pude llamaros!  
 ¿La vida que tengo yo  
 y la vuestra no es toda una?  
 ¿Pluguiera al cielo que no,  
 á pesar de la fortuna.  
 ¿Lisauro no me la dió?  
 Pues ¿será paga debida,  
 desconocidos, villanos,

que vida que dió la vida  
 á un padre y á dos hermanos  
 hoy por ellos sea vendida?  
 ¿La vida ponéis en venta  
 de Lisauro? ¿La lealtad  
 del mundo que honralle intenta?  
 ¿Esto es darme libertad  
 ó es darme perpetua afrenta?  
 ¿Con qué cara podré yo  
 á mi patria restaurado  
 ir? Este es quien vendió  
 ingratamente al Senado  
 al que la vida le dió.  
 ¿Ya tenéis las lenguas mudas?  
 Pero sí, que en tales tratos  
 os convencerán mis dudas;  
 símbolos de los ingratos,  
 con vosotros ya hay tres Judas.  
 ¿Quién pudiera con dos lazos  
 daros la muerte como á él?  
 Desate mi amor los brazos,  
 Lisauro, de este cordel  
 para que me den abrazos.

(Desátale y dale una espada.)

Y para que aquesta espada  
 cobre venganza debida,  
 su muerte es bien empleada:  
 no son mis hijos, la vida  
 les quitad ya deshonrada.

LISAURO. A tal nobleza y valor  
 no hay satisfacción ni precio;  
 con los brazos es mejor  
 pagaros; el celo necio  
 de vuestros hijos fué amor.  
 Y aunque no hay obligación  
 natural por quien la cuadre  
 á hacer al hijo traición,  
 hijos de tan noble padre  
 merecen por él perdón.  
 Yo os le doy, escarmentado  
 en mí mismo; y porque siente  
 pena y vergüenza el culpado  
 siempre que tiene presente  
 á persona que ha injuriado,  
 quiero con vuestra licencia  
 partirme.

HONOR. Cifróse en vos  
 la lealtad y la prudencia.

LISAURO. Amigos, adiós.

HONOR. Adiós.

LISAURO. ¡Ay mi querida Fulgencia! (Vase.)

### ESCENA V

DICHOS, menos LISAURO.

HONOR. Quitaos delante de mí  
 afrenta de la virtud,  
 y de la sangre que os di,  
 centro de la ingratitud,  
 y no os llaméis desde aquí  
 mis hijos, que no merece  
 tal nombre vuestra traición.

VERINO. Cordura el callar parece  
 que convence la razón.

DIODORO. Y la traición enmudece. (Vanse.)



## ESCENA VI

Salen LELIO y MARCIO.

LELIO.

He publicado que Lisauro es muerto y por Venecia corre aquesta fama, tanto que no hay persona que por cierto no la publique.

MARCIO.

¡Pobre de quien ama!

LELIO.

Antes espero así salir al puerto de mi esperanza y obligar mi dama á que, muerto su esposo y mi enemigo, su mal remedie por casar conmigo. Fingiré desposarme en secreto, que en público, recién muerto su esposo, querrá guardalle el luto y el respeto á las lenguas del vulgo licencioso; y si una vez mi amor pongo en efecto y aplaco aqueste fuego riguroso que entre esperanzas leves, entretengo gozo á Fulgencia y á mi hermano vengo.

MARCIO.

La traza es extremada, aunque indecente á tu valor.

LELIO.

¿Decencias, Marcio, pides?

¿No sabes que es amor guerra inclemente y que en guerra son lícitos ardidés? No repares en ese inconveniente si con la vara del peligro mides el que corre mi vida en verdes años, si á Fulgencia no gozan mis engaños. Aquí sus ojos vierten el tesoro de las Indias del Sur de su hermosura por su fingido muerto; aquí la adoro, y aquí mi amor su libertad procura.

MARCIO.

Quien llora perlas, si con lienzos de oro enjuga el llanto, juzgará aventura por quien el oro la ofreció el verterlas, porque son muy parientes oro y perlas. Pero á Efigencia, que á su madre imita en la virtud, belleza y en el llanto, sale al encuentro.

## ESCENA VII

Sale EFIGENCIA.—DICHOS.

EFIGENCIA.

Amor: ¿cómo no os quita el poder que tenéis tormento tanto? ¿Al que mató á mi padre y solicita á mi madre adoráis? ¡Parece encanto! Un padre muerto lloran mis desvelos; Lelio me causa amor, mi madre celos. Pero presente tengo á mi enemigo, si así llamar á quien adoro puedo. Amor enredador, sed vos conmigo, que me importa la vida cierto enredo.

LELIO.

Bella Efigencia, si por vos no obligo á vuestra madre, sin remedio quedo. Vuestro padre murió; Fulgencia hermosa os puede remediar siendo mi esposa.

EFIGENCIA.

Debéisme, Lelio, tanto, que he antepuesto á mi difunto padre vuestro gusto; mi madre por mi causa...

LELIO.

Decid presto.

EFIGENCIA.

En medio de sus penas y disgusto admite vuestro amor casto y honesto.

LELIO.

¡Oh nueva venturosa, oh premio justo de Jacob por Raquel perseverante! ¡Oh venturoso fin de un firme amante!

EFIGENCIA.

En respuesta del vuestro, Lelio, envía este papel, no de su propia mano, que no quiere dar muestras en un día tan grandes, que su amor llaméis tirano; pero bastan que vengan de la mía.

LELIO.

¡Qué tal escucho, cielo soberano!

MARCIO.

¿No te lo dije yo? ¿Ves como el oro enjuga perlas?

LELIO.

De contento lloro.

EFIGENCIA.

Este diamante solo que ha quedado perseverante entre la mucha hacienda que nos hizo quitar Dux y Senado, sin que su amor permita que se venda, también os le presenta

LELIO.

Ya he llegado al colmo de mi dicha; ¡oh rica prenda! no por la clara luz que en ti el sol cría, sino por el valor de quien te envía la boca pongo en ti una y mil veces.

EFIGENCIA.

Fué la joya primera que mi padre la dió, y en fe que suceder mereces en su amor y lugar, la da mi madre.

LELIO.

Esta cadena toma, pues me ofreces tal dicha, tanto bien; y porque os cuadre mi gozo á todos; escuchad ahora lo que escribe Fulgencia mi señora.

(Lee.) «A tanta perseverancia vuestra y desdicha mía no me puedo persuadir sino que el cielo está de vuestra parte y quiere que, muerto mi señor y esposo, sucedáis en su lugar y amor. Temeridad será el resistirle; mas sólo os suplico deis lugar á que el sentimiento y luto cumpla con la obligación que le tengo y con las lenguas del vulgo, que bien podéis entretene-

por deseos con esperanzas tan ciertas como la firmeza de este diamante, única prenda y bien estimada de mi primer esposo y ahora del que ha de serlo segundo. No escribo de mi mano, porque hasta dároslo tiembla de vergüenza. Guardaos el cielo y hágaos más dichoso que vuestro antecesor. Vuestra,

Fulgencia.»

¡Oh letras venturosas, breve suma de la vitoria que mi dicha pinta! ¡Bendiga el cielo al que inventó la pluma, el que el papel halló, letras y tinta; jamás el tiempo viciador consume su nombre ilustre, sino que en sucinta y breve historia en bronce esculpa y grabe su nombre ilustre y su memoria alabel!

MARCIO.

A tu dama celebra y deja ahora las letras, el papel y su alabanza.

LELIO.

¿Que Fulgencia, Efigencia, es mi señora? ¿Que el premio ofrece ser de mi esperanza? A no temer el alma que la adora los daños y el rigor de una tardanza, perdiera el seso quien su amor contempla.

EFIGENCIA.

Por eso el gusto con pesares templa; pero no tanto, Lelio, que te impida el hablalla esta noche; si la ruegas que de la luna el resplandor despida, y, pues amor es ciego, venga á ciegas, yo haré que á una ventana prevenida puedas hablalla, si á las doce llegas con la traza que pide el que es discreto.

LELIO.

Solicito vendré, solo y secreto.

EFIGENCIA.

Pues vete ahora, y quita inconvenientes de quien aquí te viere tan contento.

LELIO.

Bien dices; tus consejos son prudentes, grande es mi obligación, un casamiento ilustre te prometo. Adiós. (Vase.)

## ESCENA VIII

EFIGENCIA, sola.

No intentes darme otro esposo sino el que yo intento, que es á ti mismo. Amor ciego y desnudo, á enredos ciegos das un ciego nudo. Adoro á Lelio, y finjo que mi madre por esposo le admite, cuando llora más que Aganipe por mi muerto padre, y más que por Memón la fresca Aurora. En su nombre escribí, que aunque me cuadre fama y nombre, desde hoy, de enredadora, ya sabemos que amor no tiene hazañas, sino solos enredos y marañas. El diamante la hurté, que, en fin, no es nuevo ser ladrón el amor; si á ser mi esposo le obligo, aquesta noche el premio llevo que merece un ingenio cauteloso.

Quiérole mucho; á mucho, amor, me atrevo; grande es mi ingenio, pero provechoso; pues si es mi dueño Lelio, de Lisauro guardo el honor y su valor restauro. (Vase.)

## ESCENA IX

Salen JULIO y DECIO y CANDADO asido.

JULIO. De Lisauro sois criado y cómplice en su delito.  
CANDADO. Lo primero yo lo admito, lo segundo os ha engañado; porque yo ni á nadie he muerto ni hice tal bellaquería.  
DECIO. ¿No huisteis con él el día que dió muerte á Filiberto?  
CANDADO. ¡Válanos Dios! Yo no huí, sino viendo que quedaba sin amo y que él se escapaba, á mi aldea me volví, y ahora traigo carbón que vender.

JULIO. Venga al Senado, que eso es mentira.

CANDADO. (Aparte) Candado: ya estás en la tentación.

JULIO. El Dux lo manda; ea, andemos.

## ESCENA X

Salen LELIO y MARCIO.—DICHOS.

LELIO. Marcio: no ama quien es cuerdo; de contento el seso pierdo.

MARCIO. El amor todo es extremos.

LELIO. ¿Qué es esto?

CANDADO. Señor: yo soy, ó fuí, si á decirlo acierto, criado antaño del muerto Lisauro; hele visto yo finar, y vengo á cobrar lo que el Dux ha prometido á quien hubiere sabido su muerte. Entré en el lugar y, apenas en él me vi, cuando aquestos dos alanos me echaron ambas las manos; hacen presa y pinta en mí.

LELIO. ¿Morir á Lisauro has visto?

CANDADO. Sí, señor, por estos ojos que tien de comer gorgojos; ya habrá cenado con Cristo.

LELIO. Marcio: ¿hay ventura mayor? ¿Que la muerte que he fingido verdadera haya salido?

MARCIO. Está de tu parte amor; no me espanto.

LELIO. En mi servicio quiero que estés desde hoy; dueño de Fulgencia soy y ser tu dueño codicio. Que si á Lisauro sucedo y es mi esposa su mujer, desde hoy le he de parecer en todo.

CANDADO. Con vos me quedo. Mas ¿qué decís de Fulgencia?



LELIO. Que es mi esposa y mi bien ya.  
 CANDAD. ¿La viuda?  
 MARCIO. Claro está.  
 CANDAD. ¿Pues no es cargo de conciencia que tan presto olvide el luto?  
 LELIO. Esta noche he de ir á vella.  
 CANDAD. ¿A su casa?  
 LELIO. Sí.  
 CANDAD. ¿Y con ella?...  
 LELIO. Con ella, pues.  
 CANDAD. ¡Oste putol!  
 LELIO. Vamos, y en llegando á casa de noche, me vestiré.  
 CANDAD. (Aparte.) Yo y todo me escurriré y le diré lo que pasa á mi amo.  
 LELIO. ¿Qué he de ser tu esposo, Fulgencia amada?  
 ¡Gran dicha!  
 CANDAD. ¡Viuda y casada en un día!, ¡oh, roin mujer. (Vanse.)

## ESCENA XI

Sale LISAURO y tras él LABRADORES.

LABR. 1.º Echadle con el pecado.  
 LABR. 2.º Después que está en el lugar todos hemos desmedrado, hasta venirse á quemar la casa que le ha hospedado.  
 LABR. 3.º ¡Válgate la maldición, por hombre ó por desventural  
 LABR. 4.º La desdicha es contagión.  
 LABR. 1.º Por verdad mos dijo el cura el otro día en el sermón, que se ahogaban en el mar todos los que iban con él.  
 LABR. 2.º En él lo habíamos de echar.  
 LISAURO. Ea, fortuna cruel, acábate de vengar.  
 Echadme, no tengáis pena, que el mar me recibirá, pues la tierra me condena; mas para mí aun no tendrá todo el mar una ballena.  
 LABR. 3.º Yo os juro á Dios, si os volvéis al pueblo, que os he de ahorcar.  
 LABR. 4.º ¿Qué diabros con vos traéis?  
 LABR. 1.º Dejadle.  
 LABR. 3.º Volveos á entrar, que vos mos la pagaréis. (Vanse.)

## ESCENA XII

LISAURO solo.

Ea, Fortuna convoca toda la furia y violencia que contra mí se provoca, porque para mi paciencia toda tu potencia es poca.  
 ¡Ah, Candado, por leal mi desdicha has heredado!  
 Si la sombra del nogal significa al desdichado que á cuanto alcanza el mal,

nogal, mi suerte me nombra, por fuerza te ha de alcanzar la desdicha que me asombra, pues te quisiste arrimar á tan desdichada sombra.

## ESCENA XIII

Sale CANDADO.—DICHOS.

CANDADO. No le quisiera traer las nuevas á mi señor que le traigo, que han de ser muerte suya y de su honor; mas si las ha de saber por otro, sepa por mí el mal que por su honra pasa.

LISAURO. ¿Candado?

CANDADO. Ya enmudecí.

LISAURO. Ya el cielo quemó tu casa porque yo en ella viví. De tu lugar me han echado, ¡tanto mi desdicha pudo! tú solo firme has quedado; habla; ¿de qué estás mudo?

CANDADO. Candado está con candado.

LISAURO. ¿Cómo queda mi Fulgencia?  
 ¿Cómo mi Efigencia está?  
 ¿Consolólas tu presencia?  
 ¿Callas? No por bien será. No pruebes más mi paciencia.  
 ¿Venció el interés cruel á la pobreza inconstante?

CANDADO. No hay resistencia con él: ¿conoces este diamante?

LISAURO. Sí.

CANDADO. Pues mira este papel.

(Lisauero lee para sí.)

Tu enemigo ha publicado por Venecia que eres muerto; creyólo el Dux y Senado, lloró Fulgencia, por cierto lo que tenía deseado. Llegó Lelio la mañana de la nueva, ofreció ser su esposo, y es cosa llana que esto de boda en mujer es tentación de manzana. Porque el mismo día y punto que oyó casamiento, dió á la parroquia el difunto, el luto en verde aforró, triunfó Roma de Sagunto, y Efigencia, que también la tentación de marido le hace andar á ten con ten, de secretaria ha servido, y como tus ojos ven, este papel escribió por su madre, á quien ofrece á Lelio, y con él le dió el diamante que merece no serlo, pues se mudó tan presto. Llegó Candado con las cargas de carbón; conócióme en el mercado un alguacil socarrón,

## ESCENA XVI

Salen LELIO y MARCIO, como de noche.—DICHA.

MARCIO. Mira que está en la ventana tu dama.  
 LELIO. ¡Oh, piadosos cielos!  
 ¡Sol de noche, luz á oscuras, gran milagro! Marcio, llego.

## ESCENA XVII

Sale LISAURO desnudo y mojado.—DICHOS.

LISAURO. En las alas de las olas del mar, para todos fiero, sólo para mí piadoso, si es piedad no haberme muerto, llegué volando, señal que á ver mi deshonra llego; porque el bien siempre es pesado, como los males ligeros. Esta es mi casa, ¡ay de mil dos hombres hablando veo á mi adúltera ventana; arrimad escalas, cuos, que aun una espada no traigo; pero ¿para qué la quiero, pues no hace el acero falta cuando el honor tiene aceros?

LELIO. ¿Ah del oriente dichoso donde el sol que reverencio, á pesar de mis desdichas, da luz á mis pensamientos?

EFIGENC. ¿Ah del amor más constante que vió en sus siglos el tiempo poderoso á conquistar mi ya agradecido pecho? Fulgencia soy; si llorosa por Lisauero, ya con Lelio tan ufana, que no iguala mi pesar á mi contento.

LISAURO. ¿Que lo escucho y no doy voces? ¡Jesús! Fulgencia, ¿tan presto mudable? Lloro la aurora perlas que enjuga el sol luego.

LELIO. Mi bien, si soy yo vuestro esposo, ya es la dilación tormento del alma donde vivís, como salamandria al fuego. No permitáis que padezca en el riguroso infierno del temor quien de la gloria goza que en amaros tengo.

EFIGENC. Lelio, ya yo no soy mía, y así, ni quiero ni puedo negar el alma que os guardo cuando la pide su dueño. ¿Daisme palabras de ser mi esposo?

LELIO. Por todo el cielo, por el valor de mi sangre y por la ley que profeso, juro de hacer os señora del mayorazgo que heredo y del alma en que vivís.

EFIGENC. Pues en ese juramento fiada, aguardad, señor,

quiso llevarme al Senado. Dije que muerto te había y que por el justo precio del homicidio venía; creyólo el amante necio, llevóme en su compañía, y yo, hurtándole el diamante que te di con el papel, he venido de portante á que conozcas por él lo que refiere importante. Concluyo con que á Fulgencia esta noche ha de ir á hablar el que te hace competencia, y tu honra se ha de quedar á la luna de Valencia.

LISAURO.

Calla, no digas más, la boca cierra, tan elocuente á pronunciar mi muerte. Ya dió con toda la fortuna en tierra, la honra derribó mi triste suerte, ¿Mi Efigencia y mi esposa me hacen guerra; la firme, la mujer constante y fuerte, tan presto se mudó que me ha olvidado? Mas todo le persigue á un desdichado. Afuera, ropas, que en venir conmigo se os pegará la peste que me abrasa; afuera, seso, no me seas testigo del mal que por mi fama y honra pasa. Aquesta noche asalta mi enemigo mi honor por las paredes de mi casa, defenderle ó morir, que si es honrado, no seré en eso solo desdichado. (Vase.)

## ESCENA XIV

CANDADO solo.

Al mar se echó, que para tanto fuego el agua, con ser tanta, aún no es bastante; las olas corta, si á ayudalle llego, desde una nave le será importante. Góndolas hay aquí, desasosiego de celos confirmados, ya á un amante dais tormento, ¿qué haréis al que es casado? Leal tengo de ser, si él desdichado. (Vase.)

## ESCENA XV

Sale EFIGENCIA á la ventana.

EFIGENC. Noche hermosa, en cuyos brazos duerme seguro el sosiego, y para no despertalle escolta le hace el silencio. Así jamás rayos rojos ofusquen tus ojos negros ni el sol en brazos del alba te salga á inquietar tan presto, que favorezcas mi amor y des ayuda á mi enredo para que, en vez de Fulgencia, goce Efigencia de Lelio.



que daros posesión quiero  
del alma, donde Lisauro  
invencible vivió un tiempo. (Vase.)

## ESCENA XVIII

DICHOS, menos EFIGENCIA.

LELIO. Marcio, mira si soy yo  
quien esto escucha; si es cierto;  
si es Fulgencia la que baja;  
si vivo, si estoy despierto.  
MARCIO. No me espanto que lo dudes,  
que lo veo y no lo creo;  
pero en mujer sola y pobre  
¿qué no podrá tu dinero?

## ESCENA XIX

Sale EFIGENCIA con manto.—DICHOS.

EFIGENC. ¡Venciste, Lelio querido!  
LELIO. ¡Oh, venturosos tormentos  
padecidos por Fulgencia  
pues tan dulce fin tuvieron!  
(Llega Lisauro y detiene á Lelio.)  
LISAURO. No tanto que vuestra muerte,  
traidores, no venga en ellos;  
Lisauro soy, inconstante;  
Lisauro soy, vivo vengo.  
LELIO. Marcio: llévala en los brazos  
á la góndola. (Llévala.)  
LISAURO. Primero  
vengaré con vuestra muerte  
mi injuria y deshonor.  
EFIGENC. ¡Ay, cielos!  
LELIO. Aunque pudiera matarte  
ó mandar llevarte preso  
donde la muerte pagaras  
de mi hermano Filiberto,  
no hay venganza que se iguale  
á la que hoy hacer pretendo,  
no en tu vida, en tu honra sí,  
para blasón y trofeo  
de mi venganza, pues goza,  
vivo tú, á Fulgencia, Lelio.  
LISAURO. Espera, no huyas cobarde;  
dame la muerte primero,  
pues por no tener espada  
ir con la vida te dejo. (Vase.)

## ESCENA XX

Sale FULGENCIA por otra puerta.

FULGENC. De aquesta voz lastimada  
temerosa y triste vengo,  
de mi Lisauro parece;  
muerto está; pero, aunque muerto,  
su espíritu diera alivio  
á mi eterno desconsuelo.  
¡Ay, Lisauro de mis ojos!  
¿cuándo permitirá el cielo  
que se acompañen las almas  
pues ya no pueden los cuerpos?

## ESCENA XXI

Sale LISAURO por la puerta en frente de FULGENCIA.  
—DICHA.

LISAURO. No ha de quedar cosa en pie,  
desde los infames techos,  
que no abrase mi venganza.  
FULGENC. ¡Ay, Jesús! ¿Qué es lo que veo?  
LISAURO. (Sin verla.)  
¡Ay, Fulgencia, pluma fácil!  
El interés dió en el suelo  
con tu firmeza.  
FULGENC. ¡Lisauro!  
¡gloria de mis pensamientos!  
LISAURO. ¡Jesús! ¿quién eres, mujer?  
FULGENC. ¿Quién soy, dices? ¿No era espejo  
yo de tus ojos, Lisauro?  
Fulgencia soy.  
LISAURO. No lo creo;  
no puede haber dos Fulgencias.  
FULGENC. Bien dices, sola merezco  
fama eterna, sola soy  
en el amor que te tengo.  
LISAURO. ¿Lelio no te llevó ahora?  
FULGENC. No ha podido llevar Lelio  
de tu esposa una palabra,  
un mínimo pensamiento.  
LISAURO. ¿Qué es esto, desdichas mías?  
¿Mis ojos mismos no vieron  
á Lelio llevar mi esposa?  
FULGENC. Tu esposa no, que mintieron;  
pero escucha, pues que vives  
para mi bien, que sospecho  
lo que ha podido engañarte:  
Efigencia ha mucho tiempo  
que ama á Lelio, y pudo ser  
que, ser tu esposa fingiendo,  
le engañase de ese modo.  
LISAURO. ¿Ah, Efigencia? (Llámala.)  
FULGENC. Aquesto es cierto,  
mi bien, pues que no responde.  
LISAURO. Palabra de casamiento  
la dió Lelio; pero ¿quién  
cree palabras si son viento?  
El intenta mi deshonor:  
Fulgencia amada, ¿qué espero?  
Al Dux voy á presentarme  
que, aunque está agraviado, escuerdo,  
todo el Senado me busca,  
vénguese en mí, porque muerto  
muera conmigo mi agravio.  
FULGENC. Dulce esposo, amado dueño  
oye, escucha: ¿así me dejas?  
LISAURO. Muriendo, Fulgencia, intento  
dar en Venecia principio  
á un honroso atrevimiento. (Vase.)  
FULGENC. Y yo de nuevo á mi llanto;  
cuando te cobro te pierdo.  
Dueño desdichado mío,  
tras ti voy; perdone el miedo,  
el recato y la vergüenza  
que encerrada me tuvieron;  
que no hay paciencia que baste  
al tropel de mis tormentos. (Vase.)

## ESCENA XXII

Salen el Dux, viejo, y el DUQUE DE FERRARA; tocan  
cajas y salen SOLDADOS, y el de FERRARA con  
bastón.

DUX. La victoria, Duque ilustre,  
que de los contrarios nuestros  
por vos hemos alcanzado  
era cierta, conociendo  
el valor del capitán  
y los hazañosos hechos  
de los Duques de Ferrara.  
DUQUE. A vuestra excelencia beso  
las manos por tal favor.  
DUX. Por vuestro valor espero  
que Venecia ha de cobrar  
cuanto usurpa el turco fiero.  
Levántaos la fama estatuas,  
y con armas y trofeos  
publique la Señoría  
las hazañas que os debemos.  
Pedid al Senado, Duque,  
lo que quisiéredes, cierto  
de que se os concederá  
cualquiera difícil premio.

## ESCENA XXIII

Sale LISAURO.—DICHOS.

LISAURO. Excelentísimo Dux,  
Senado ilustre y supremo,  
por quien conserva la patria  
la libertad de su imperio.  
La defensa del honor,  
caudal que estima el que es cuerdo  
más que la vida, que al fin  
se acaba y él queda eterno,  
hizo que Lisauro diese,  
después de diversos medios  
que despreció la ambición,  
justa muerte á Filiberto.  
Huyó; buscó el Senado  
á pregones prometiendo  
diez mil escudos por él,  
alzando cualquier destierro;  
confiscó la justicia  
sus bienes, no permitiendo  
salir su esposa de aquí  
riguroso mandamiento.  
Quedó pobre, pero honrada,  
sin que bastase el dinero  
de Lelio, que sucedió  
á su hermano en pensamientos,  
á derribar su firmeza,  
por más engaños y enredos  
que el poder pudo inventar,  
milagro para estos tiempos.  
Publicó Lelio mi muerte  
dando fe de casamiento  
á Fulgencia si alcanzaba  
la ejecución sus deseos.  
Pero amor, que no consiente  
poner límite en sus reinos,  
hizo que Efigencia, mi hija,

por Lelio perdiese el seso.  
Fingió, pues, que mi Fulgencia  
le amaba, su esposo muerto,  
escribióle en nombre suyo,  
dióle prendas, concluyendo  
en que esta noche viniese  
por ella, y al fin, ¡ay cielos!  
creyendo que era mi esposa,  
á Efigencia goza Lelio.  
Si la justicia, ¡oh gran Dux,  
Senado ilustré! es espejo  
en que el juez se ha de mirar  
para enmendar sus defectos,  
dos cosas vengo á pedirlos,  
si es que alcanzarlas merezco:  
la primera, que se cumplan  
palabras y juramentos  
dadas por Lelio á Efigencia;  
la segunda, que, pues vengo  
á entregarme yo á mí mismo  
y es el prometido precio  
diez mil escudos por mí,  
me quitéis la vida y luego  
la pobreza de mi esposa  
mandéis remediar con ellos;  
acabarán con mi vida  
las desgracias con que el cielo  
me persigue, y daré nombre  
á mi honroso atrevimiento.  
DUQUE. A tan piadosa demanda,  
pues licencia de vos tengo  
para pedirlos mercedes,  
sólo que perdonéis quiero  
á Lisauro, invicto Dux.

## ESCENA XXIV

Salen LELIO y MARCIO.—DICHOS.

LELIO. Marcio, tan alegre vengo  
del engaño de Efigencia,  
que, enamorado de nuevo,  
por esposa he de pedirla  
á mi padre.  
DUX. ¿Qué es aquesto?  
LELIO. Señor: si de tu valor,  
nobleza, piedad y celo  
vuela la ligera fama  
por uno y otro hemisferio,  
muestra perdonar injurias  
la nobleza de tu pecho.  
Efigencia de Lisauro,  
el que mató á Filiberto,  
con tu licencia es mi esposa.  
DUQUE. Señor: por él intercedo.  
DUX. Si el cielo lo quiere así,  
alto, yo también lo quiero;  
á Lisauro doy perdón,  
su hacienda y patria le vuelvo,  
y á Efigencia, vuestra hija,  
por hija desde hoy acepto.  
DUQUE. Inmortalice tu nombre  
la fama á pesar del tiempo.  
LISAURO. Eres gloria de este siglo.  
LELIO. De nobleza eres espejo  
MARCIO. Lisauro está perdonado.



## ESCENA XXV

Sale FULGENCIA.—DICHOS.

FULGENC. A los venturosos ecos  
del perdón de mi Lisauro  
ya á besarte los pies llego.

## ESCENA XXVI

Sale EFIGENCIA.—DICHOS.

EFIGENC. Y yo á pedirte perdón.  
LISAURO. ¡Dulce esposa!  
FULGENC. ¡Amado dueño!

## ESCENA XXVII

Sale CANDADO.—DICHOS.

CANDAD. A gozar viene Candado,  
entre tantos, un día bueno.  
LISAURO. Con la mitad de mi hacienda,  
pues cuanto tengo te debo  
por leal y por constante.  
CANDAD. Ya tus daños fenecieron.  
LISAURO. A Honorato, desterrado,  
habéis de alzar el destierro.  
DUX. Ya no os puedo negar nada.  
Vamos, Lisauro, y daremos  
principio á vuestra ventura,  
á vuestras penas consuelo.  
LISAURO. Y fin, con vuestra licencia,  
al *Honroso atrevimiento*.

## HABLADME EN ENTRANDO

## PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON PEDRO DE BUSTOS.  
DON ALONSO.  
DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.  
JUANCHO, *vizcaino*.  
DOÑA ANA HURTADO DE MENDOZA.  
RODRIGO, *criado*.

DON LUIS HURTADO DE MENDOZA.  
TORIBIA, *labradora*.  
LUCÍA, *criada*.  
MENDO, *viejo labrador*.  
SANCHO, *su hijo*.  
MÚSICOS.

## ACTO PRIMERO

## ESCENA PRIMERA

Salen DON PEDRO DE BUSTOS y DON ALONSO, *su amigo*,  
*de noche*, con MÚSICOS, *por una parte*, con un CRIADO  
con una *escala*, y *por otra* DON DIEGO HURTADO DE  
MENDOZA, *de camino*, con *botas y espuelas*, y JUAN-  
CHO, *vizcaino*, *cargado con el cojin y la maleta en*  
*la cabeza*, *ridículamente vestido*. Arrimanse á una  
*parte*, y *mientras cantan* *vayan paseando el ta-*  
*blado* DON PEDRO y DON ALONSO.

MÚSICOS. (Cantan.) «Si no velaran mis ojos  
no celebrarían las dichas  
de los que durmiendo matan,  
de los que matando hechizan.  
Si no durmieran los tuyos,  
glorificarían su vista  
los palpitantes despojos  
de las más seguras vidas.  
¡Ay, ay, qué desdicha!  
A quien mira su alma, deja sin vida.»

ALONSO. ¡Extraño recogimiento!  
PEDRO. ¡Doña Ana, doña Ana!  
DIEGO. Avisa,  
Juancho, al mozo que las mulas  
aleje donde, escondidas,  
aguarden, y vente luego.  
JUANCHO. ¿No las asas y las pringas;  
aún no llegas, ya las tienes  
currucamientos?  
DIEGO. Ves aprisa

JUANCHO. ¿Tienes gana de comer?  
¿Cómo no las necesitas?  
Juancho, matas holandeses  
y ya que piensas ventás  
juras á Dios á matar  
holandeses del Barriga.  
¿Cantadorean detienen?  
¡Al diablo les das venidal! (Vase.)

## ESCENA II

DICHOS, menos JUANCHO.

DIEGO. Ya que nos trujo la suerte  
cuanto piadosa propicia  
en tan dichosa ocasión,  
encubramos esta esquina  
hasta ver de estos galanes  
el intento.

ALONSO. ¿Qué? ¿porfía  
la doncelleja?

PEDRO. Es de suerte,  
que regalos y caricias,  
dádivas que son de amor  
la mayor artillería,  
pasando necesidades,  
no han bastado á persuadirla  
á que le niegue al honor  
lo que su sangre le dicta.  
Vengo resuelto...

DIEGO. Esto es malo. (Ap.)

PEDRO. A escalar...

DIEGO. Función indigna  
de un pecho hidalgo.

PEDRO. Su casa,